

# EL RINCON DE LA HISTORIA

## LA VIHUELA EN LA COLONIA

De Sevilla—emporio de las Indias—zarpaban las naos trayendo a esos hombres que el registro de la Casa de Contratación alistaba con el genérico nombre de «pasajeros», aunque llevaron en sus manos un imperio y en su corazón una nueva raza. Y de Sevilla en adelante iba la música sincronizando la aventura con sus variados ritmos: las «Letanías Laurentanas», entonadas en coro por la tripulación, ponían su nota de esperanza ritual; los gritos de los vigías marcaban las horas con las isócronas voces de trabajo, henchidas de una fresca poesía folklórica. En las noches, cuando aparecía en la bóveda estrellada el pie de gallo de la Cruz del Sur, surgía de la sentina el rumor de la vihuela templada por pajes, clérigos y capitanes, batiendo el aire en jolgorio de fiesta.

Y así por los mares y la tierra que dominaba el Andes y demarcaba la interminable costa, la vihuela, colgada en el arzón de la briosa jaca del conquistador, llegó a estos confines del Nuevo Extremo a alegrar las penurias de ese puñado de valientes que había cortado el paisaje vecino al Mapocho con la intencionalidad de una villa.

Luego surgieron los artífices hábiles en aprovechar las sonoras maderas del país: el pino y el quillay, el alerce y el ciprés de las Guaitecas, y las tripas de las Matanzas, imitando las cajas de los maestros sevillanos. Bien pronto pudieron los ojos del cronista asomarse a uno de esos «cuartillos», partidos por el mojinete de piedra de esquina, y contemplar las formas criollas de las guitarras pendientes del grueso clavo gemal de fierro tocho, entre el ruido impaciente de los parroquianos, el trabajo afanoso y jerárquico de aprendices y oficiales, y la vigilancia patronal del maestro.

El gremio de los guitarreros pasó a ser uno de los más importantes. Sus «sonoras invenciones» alegraban anualmente, en la canícula de Enero, el desfile de sus miembros, al frente del carro alegórico en que ondeaba la imagen en vitela de su hermosa patrona Santa Cecilia. Paseaba el gremio las calles de Santiago y allí, en plena plaza, bajo los arcos «ornados de arrayán florido», los oficiales debían ensayar la «obra maestra» que les permitiera abrir la deseada tienda en la esquina propicia que tenían de antemano elegida.

Era severo el examen y Javier Monardes, el maestro mayor, designado por el Cabildo en las postrimerías del siglo XVIII, supo cuidar del prestigio de esas guitarras «decentitas, de muy buenas voces, blandas y bien encordadas», que don Diego Portales, el más filarmónico de nuestros hombres públicos, prefería a sus congéneres españolas.

E. P. S.